

Juan Pablo II en el Brasil: un Balance

Paulo Bratti, Pbro.

Director del Instituto Teológico de Santa Catarina, Brasil

Pasada la euforia y las emociones de la visita pastoral del Papa al Brasil, es bueno hacer un inventario de este evento que movilizó a millones de brasileros. Ya aparecieron innumerables análisis de sociólogos, políticos y periodistas. Aunque interesantes, ellos son siempre parciales y obedecen, no es raro, a criterios ideológicos, presentando, por eso, interpretaciones contradictorias.

En el presente informe, también incompleto, intentaré exponer objetivamente, a veces comentando, lo que el Papa habló a la Iglesia y a la sociedad. No cito siempre sus palabras, pero procuro mantenerme absolutamente fiel a su pensamiento. En un primer momento, sin embargo, presento un perfil del Pontífice que nos visitó, enumerando algunas de sus convicciones, aunque no fueron siempre explicitadas oralmente.

1. Un Hombre-Mensaje

Además de ser un hombre de mensaje, Juan Pablo II es un "hombre-mensaje" por aquello que él ha hecho y por los valores que ha testimoniado.

1. *"Juan de Dios"*. Es ese, sin duda, el aspecto que más llama la atención en la figura del Papa: él es un auténtico "espiritual", un hombre de Dios. Después de estar durante horas en contacto con la multitud hablando o celebrando, se mostraba siempre con semblante sereno y reposado, completamente señor de sí. Ostentaba constante alegría y buen humor, frutos por excelencia del Espíritu. Su cabeza inclinada da a entender que él es un hombre enteramente subyugado por Cristo, cuyo peso es suave y cuyo yugo es leve. Se trata, en otros términos, de un místico, de alguien que subió al monte de la contemplación y de la bienaventuranza y se entretiene familiarmente con el Señor. No en vano su tesis de doctorado en teología versó sobre "la fe en San Juan de la Cruz", el Doctor místico por excelencia.

2. *"Juan es nuestro hermano"*. Quien se torna en "llama viva de amor" por la "unión transformante" con Dios, se vuelve también profundamente humano. La verdadera mística diviniza al hombre y, por consiguiente, lo humaniza hasta el máximo. Eso ocurre también con Karol Wojtyła. Es un hombre en extremo sensible, cordial, afectuoso, repleto de bondad, de benignidad y de ternura. Por esa razón es fascinante. To-

dos lo sienten hermano. Un "hermano universal", como Charles de Foucauld. El Santo Padre es un amigo y un defensor del hombre, de cada hombre, de su dignidad y de sus derechos. Como Jesús, él sabe lo que llega al hombre. Por eso habla un lenguaje que va directamente al corazón.

3. *"El Papa es nuestro Rey"*. Si el pueblo lo aclamó así fue porque vió en él a alguien aceptado por todos, capaz de congregarse a todos en una sola familia. Los hechos confirmaron aquello que la fe nos asegura: el Papa es el fundamento visible de la unidad de los fieles católicos. Y aquí en el Brasil por lo menos, un punto convergente de unión de todos los hombres de buena voluntad. "El Papa no tiene oposición", sentenció un eminente líder opositor. Su presencia y su mensaje nos condujeron a recordar que, más allá de nuestras divergencias políticas, ideológicas o culturales, somos un solo "Adán", forjados del mismo barro, hijos del mismo Padre y destinados a la misma meta que es la vida eterna.

4. Nuestro Papa cree en la *fuerza de la verdad*. El sabe que solo la verdad nos hará libres. Una verdad total, sólida, católica. Su lenguaje es claro, directo, absolutamente sincero. El da el ejemplo de una fidelidad plena a la Revelación Divina. No sacrifica nada del "depósito de la fe" para granjear popularidad o agradar a los oyentes. El tiene, inclusive, el coraje profético de remar contra la corriente, cuando es necesario. "La gran tentación del cristiano moderno es la de cansarse de la verdad que tenemos la fortuna de poseer" afirmó Pablo VI, con acierto. Juan Pablo II vino a devolvernos el apetito por la verdad. Pero por una verdad que también es vida. El verdadero apóstol no es aquel que posee verdades sino aquel que es poseído por la Verdad. Justamente se ve que Wojtyła vuelve "la verdad amable"; tal es la suavidad con que la comunica.

5. Se percibe fácilmente que Juan Pablo II es un *hombre libre*. Hecho libre por el Evangelio. El no tiene el espíritu apasionado, no está sujeto a medias verdades, como ocurre con la inmensa mayoría de los hombres. En otras palabras: él no es esclavo de ninguna ideología. La ideología es la fijación a un aspecto de la realidad y, por tanto, un encerramiento ante el conjunto de la verdad. Si los discursos del Santo Padre agradaron tanto al Gobierno como a la Oposición, tanto a los progresistas como a los moderados y conservadores de la Iglesia, no es porque fueron indefinidos, sino porque abordaron la realidad en su globalidad.

6. Juan Pablo II cree en las *mediaciones*. En la mediación de María —tan venerada por él— en la mediación de la Iglesia, del ministerio jerárquico. Y también en la mediación de "lo sagrado". El ve la ambigüedad del proceso de secularización que lleva al hombre a perder la sensibilidad hacia los valores religiosos. El se aflige al constatar que hasta Sacerdotes y Hermanas se dejan contaminar por la ola de desacralización y dejan de ser signos visibles del Invisible. El Papa cree que el camino de acceso o de regreso a Dios pasa por el re-descubrimiento de lo religioso y de lo sagrado. El intuye que sus viajes apostólicos por el mundo son una ocasión propicia para despertar en el hombre moderno, disipado y distraído, la nostalgia de Dios. Para El fue creado nuestro corazón.

7. Su Santidad valoriza el *Catolicismo sociológico*. El retoma, sin mencionar, la tesis de J. Daniélou: el Cristianismo es una religión de masa, no de una élite. Siempre habrá algunos cristianos heroicos que atraviesan la "noche oscura" de la fe y que, entonces, podrán dispensar las mediaciones religiosas, pues el Señor se torna para ellos en un "Dios sensible al corazón" (Pascal). Mas la gran mayoría siempre necesitará manifestaciones sensibles para su fe, fe que solo podrá subsistir si tiene un apoyo sociológico. La Evangelización, por eso, comprende tres tiempos: 1. convertir a los individuos; 2. implantar la Iglesia como Institución; 3. actuar sobre la cultura. Solamente cuando hubiere ese enraizamiento cultural de la fe podrá existir un pueblo cristiano. El ejemplo de Polonia revela que, a pesar de sus deficiencias, ese Catolicismo popular tiene un alcance inmenso para la sobrevivencia de una nación.

2. El Mensaje para la Iglesia

Pablo VI en la Encíclica *Ecclesiam Suam* afirmó que el Concilio tenía la triple tarea de llevar a la Iglesia a: 1. tomar conciencia de sí; 2. renovarse; 3. dialogar con el mundo. Parece que en la época posconciliar fueron privilegiadas las dos últimas tareas (renovación y diálogo), dando, como consecuencia, una cierta pérdida de identidad eclesial. A veces no reina mucha claridad sobre la misión verdadera de la Iglesia. Además, las preguntas fundamentales se suponen respondidas y muchas veces aun no fueron hechas. Por ejemplo: ¿qué es ser cristiano?, ¿en qué consiste creer?, ¿cuál es la esencia del Cristianismo? Es bueno, por eso, que el Papa venga a recordarnos los elementos esenciales de la originalidad cristiana.

1. *El primado de Cristo*. Es un tema caro al Pontífice actual. Todos en la Iglesia —comenzando por el sucesor de Pedro— viven en dependencia del Señor Resucitado. La Iglesia, con sus ministerios diversificados, es un sacramento y un instrumento a través del cual Cristo obra. Fiel a la Escritura y a la Tradición, Juan Pablo II enumera las diversas formas de presencia de Cristo en el mundo. El está presente en el pobre, pero también en cada hombre; está presente en la Palabra bíblica, en la comunidad eclesial, en la Jerarquía, en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía, culmen y fuente de la acción pastoral. Pablo y Juan revelan que el Misterio Cristiano consiste esencialmente en nuestra inserción en Cristo, como los miembros en un cuerpo o como las ramas en la vid. La vida cristiana no consiste solamente en imitar la praxis de Jesús histórico, sino sobre todo en vivir una vida nueva "en Cristo Jesús".

2. *La Eclesiología de Wojtyla* es la del Vaticano II. Para él la verdad sobre la Iglesia —juntamente con la verdad sobre Cristo y sobre el hombre— constituye el contenido esencial de la Evangelización. Dócil al Concilio, el Papa no quiere reduccionismos ni confusiones. El subraya la *distinción* de funciones. Una, por ejemplo, es la función del clérigo, otra la del laico. También la misión de la Iglesia es distinta a la del Estado. Es reafirmada la autonomía del orden temporal. Esas distinciones —que

no significan separación— son muy importantes para que no se recaiga en errores medievales, que hoy aparecen como tesis “progresistas”, como la teocracia que confunde el Reino de Dios con un sistema político o el clericalismo en que el Clero presiona la libertad de los fieles, imponiendo una opción partidista.

3. *Los Obispos*, en el pensamiento papal, deberán ser antes que todo, “maestros de la verdad”. Se les pide el ejercicio del discernimiento evangélico para poder anunciar auténticamente la fe apostólica y denunciar sus distorsiones. Ellos fueron confirmados en su testimonio de pobreza y de simplicidad y exhortados a permanecer siempre cercanos al pueblo, máxime a los pobres y marginados. En sus Diócesis serán los grandes liturgos y “maestros de la oración”. Fue destacada la importancia de la Conferencia Nacional de los Obispos del Brasil, como organismo de comunión y participación. Se hace necesario cultivar la colegialidad, uniéndose en la misma fe y respetando las legítimas diferencias. Las necesarias intervenciones sobre problemas temporales han de ser objetivas y oportunas y solo tendrán credibilidad si van acompañadas por un igual empeño por la salvación sobrenatural. La unidad entre los Obispos significa, igualmente, unión con el Jefe del Colegio Apostólico y con las Congregaciones Romanas.

4. *Los Sacerdotes* son escogidos, consagrados y enviados para obrar “in persona Christi”. No se deben dejar absorber por el ambiente secularizado, siendo “diferentes”, puestos aparte para el Evangelio. No son simplemente “hombres-para-los-otros” —lo que todo cristiano debería ser— sino también “hombres-para-Dios”. Su misión no es de naturaleza filantrópica, como la del médico, del asistente social o del sindicalista, sino eminentemente de orden espiritual. Su tarea es la de conducir las personas hacia el Padre y la de amarlo sobre todas las cosas. Como toda persona sensata, el Santo Padre sabe que existen entre nosotros graves problemas de hambre y de injusticia. Pero el Papa también sabe —y algunos cristianos se olvidan— que, además de miseria temporal, hay una miseria espiritual que es el hecho por el cual los hombres viven prisioneros del Maligno o de las fuerzas del mal. Es en la liberación de ese cautiverio moral en la que debe empeñarse el Sacerdote. Para eso ha sido ordenado. Sin embargo no se ha dicho que la liberación socio-económica carece de importancia. Solo se demarcan las competencias específicas.

5. *Los Religiosos* fueron y continúan siendo una presencia de vital importancia en la Iglesia del Brasil. Al contrario de ciertos historiadores recientes de la Iglesia, Juan Pablo II enalteció innumerables veces el trabajo pionero de nuestros misioneros del pasado. Gracias a ellos la fe católica llegó hasta nosotros. Quien entra en la vida religiosa tendrá como primer objetivo la búsqueda de la santidad y solo pretenderá una cosa: el servicio del Señor. Los Religiosos serán, por tanto, testimonio de lo absoluto de Dios, ante lo cual todo lo demás, aún los más importantes empeños temporales, se tornan diametralmente relativos. Por eso la renovación de la vida religiosa no ha de consistir en la búsqueda de lo más cómodo y más fácil, sino en la escogencia de aquello que más ayude a la consecución

de la santidad. El Santo Padre advierte que también en las pequeñas comunidades será necesario un mínimo de reglas y de estructuras, ya que la vida consagrada tiene una dimensión pública y comunitaria, siendo siempre una señal visible de la Iglesia. De la misma manera debiéndose ocupar de las actividades pastorales, los Religiosos deberán tener tiempo y ambiente propicio para hacer un retorno al propio corazón y reencontrarse con Dios.

6. El Papa atribuye gran importancia a la *formación* tanto para el Sacerdocio como para la Vida Consagrada. De ella depende en definitiva el futuro de la Iglesia. El trabajo vocacional fue anotado como prioritario, pues es evidente la carencia de operarios evangélicos en el Brasil. El Santo Padre desea una sólida formación espiritual, doctrinal y pastoral. Esa formación o se hará en los Seminarios o no se hará más. Ella no puede ser abandonada al vaivén de la improvisación. De ahí la necesidad de maestros y orientadores preparados. Su misión es hoy difícil, pero es lo más maravilloso. Después del Concilio hubo necesidad de actualizar y renovar los métodos de formación. Juan Pablo II piensa que llegó la hora de una revisión honesta para ver lo que hubo de positivo y corregir lo que, eventualmente, fue negativo.

7. En la huella del Vaticano II, el Sumo Pontífice afirma que la característica de los *Laicos* es la secularidad, ésto es: animación cristiana de orden temporal. Y si los Obispos y Sacerdotes, por ser ministros de la unidad, deben despojarse de cualquier ideología político-partidista, cabe a los Laicos, por el contrario vincularse a los partidos, formar asociaciones de clase y luchar por las reformas de las estructuras sociales. Asimismo son también llamados a la santidad. El Papa se mostró particularmente sensible al mundo de los jóvenes en un país en donde más de la mitad de la población tiene menos de 25 años. La indignación de éstos contra las desigualdades es justa, como es justo su deseo de transformar la sociedad. Pero el joven cesa de ser joven y de ser cristiano cuando se deja seducir por doctrinas e ideologías que invocan el odio y la violencia. ¡Solo el amor construye! El joven también envejece prematuramente cuando se deja dominar por la ambición de "tener" y por la exacerbación del sexo, características de la sociedad de consumo. Importa, por eso, edificar sobre el único fundamento sólido que es Cristo Jesús. Particular atención se dará igualmente a la *Familia*, base insustituible de la civilización del amor. Pesan sobre ella amenazas de orden social, moral, civil y religioso. Es urgente articular una Pastoral Familiar que, entre otras cosas, promueva una seria, amplia y profunda educación para el verdadero amor.

8. En su amonestación a la Iglesia del Brasil el Papa insistió en la *primacía de lo espiritual*. Diríase que él vino a restaurar el primer Mandamiento que andaba un poco olvidado por causa de la gravedad del problema económico. Juan Pablo II concuerda con Juan XXIII que afirmó ser "el hombre separado de Dios peligroso para sí y para los otros". El suspira por una Iglesia presente y actuante, pero que no pierda su carácter religioso. De ahí los llamados a los Sacerdotes y Obispos para que se comporten y hablen siempre como ministros de Cristo y no como

líderes políticos. Solamente así se salvaguardará la trascendencia del Mensaje. El Santo Padre quiere la Iglesia por encima de los grupos y clases para poder evangelizar lo político en toda su amplitud. Se nota en sus discursos una constante preocupación para que la Iglesia no se politice. La politización existe siempre que se hace de la política un absoluto al cual todo debe subordinarse o cuando se imprime a la lucha política un carácter mesiánico, esperando de ella una salvación total.

Con todo, la política, hoy más que nunca, aparece como un campo privilegiado para el ejercicio de la caridad, pero ella no puede ser absolutizada. Por eso el cristiano no deberá identificarse totalmente con su proyecto político, juzgando todo a partir de él. Esa relativización impedirá la política de caer en la auto-justificación y en el dogmatismo intolerante. Lo que hay de más esencial en el hombre que es su deseo insaciable y su ansia de Infinito no encuentra respuesta en la praxis política. Juan Pablo II prestó un gran servicio al recordarnos que solo Dios hace pleno al hombre y que sin comunión con el Señor el hombre continuará siendo siempre un extraño para sí mismo y un esclavo en cualquier sistema.

3. Mensaje a la Sociedad

Si el Papa usó un lenguaje riguroso y exigente para la comunidad eclesial no fue con el propósito de retirarla del campo y marginarla de la historia, sino para fortificarla en su identidad propia y, así, mejor poder servir al mundo al cual es enviada. La Iglesia tiene un mensaje social que viene de los Profetas y que tiene en el Obispo de Roma su portavoz más cualificado. En esa condición el Papa habló a la conciencia nacional sobre los serios problemas que nos afligen. Su discurso aquí viene a confirmar y corroborar los últimos pronunciamientos de nuestro Episcopado.

1. Juan Pablo II está perfectamente a la par de la situación de *pecado social* en que vivimos, con los contrastes crueles existentes entre el lujo y la miseria. El habló del drama de los indios desalojados de sus propias tierras, de los campesinos y migrantes sin un terreno para morar y de los habitantes de las periferias de las grandes ciudades que viven en barracas, en condiciones de vida infra-humana. Todo eso no es fruto del acaso o de la necesidad, sino de un sistema económico exclusivista, depravado por un materialismo craso. Su Santidad aseveró también que muchas veces el desarrollo se torna una versión gigantesca de la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro.

2. En el pensamiento pontificio, una sociedad injusta que no procura eliminar el abismo existente entre ricos y pobres es una *sociedad sin futuro*. La situación de injusticia institucionalizada amenaza la sociedad de dentro hacia afuera, de la misma manera que los atentados contra su soberanía la amenazan de fuera hacia adentro. El Brasil se encuentra, entonces, delante de una alternativa dramática: o realiza una transformación de sus estructuras por la vía pacífica o tal transformación se operará por medios violentos y sangrientos. El Papa alimenta, con todo, la esperanza de que podremos construir una convivencia social ejemplar supe-

rando desequilibrios y desigualdades, en la justicia y en la concordia, con lucidez y coraje, sin choques ni rupturas.

3. También en tierras brasileras Juan Pablo II se hace abogado de los *derechos humanos*: derecho a la vida, a la seguridad, al trabajo, a la morada, a la salud, a la educación, a la expresión religiosa privada y pública, a la participación, etc. Señaló, por otra parte, el derecho de los padres a tener los hijos que deseen y el derecho del niño a la vida antes de nacer. Los trabajadores tienen el derecho de reunirse en asociaciones libres para defender sus intereses. Deben también participar de los lucros y de la administración de la empresa en que trabajan. A los intelectuales brasileros les dijo que la libertad es esencial para la existencia y el desarrollo de la cultura y que, por tanto, en ese terreno es inadmisibile la limitación del poder político o económico.

4. El Papa incitó a todos a emprender la noble lucha por la instauración de la justicia social. Reiteradamente, no obstante, se opuso en forma decidida a la *ideología marxista*. Por dos motivos. Antes que todo, porque para resolver el problema social propone el método anti-evangélico de la violencia armada e incita al odio, al resentimiento y a la lucha de clases. En segundo lugar, porque el fin a que lleva no es el paraíso terrestre de la sociedad sin clases, sino al capitalismo del Estado en un régimen totalitario en el que se crean nuevas clases. Juan Pablo II dijo confidentemente a los Obispos que el comunismo es inaceptable porque es un sistema que suprime la libertad y el amor, por eso incapaz de implantar la verdadera justicia. El advirtió además al CELAM que no es admisible una liberación que recurre a la praxis y al análisis marxista. Ciertamente esa advertencia, ya efectuada en Puebla, se dirige sobretudo a algunos portavoces de la Teología de la Liberación que pretenden exactamente elaborar una Teología a partir de una praxis y han elegido el análisis marxista como mediación socio-analítica.

5. Enfatizó la relevancia de la *Doctrina Social de la Iglesia*, no como una tercera vía o una ideología alternativa, distinta tanto del capitalismo como del comunismo. De hecho la Iglesia no tiene un modelo político y económico pronto para proponer. Todavía, como educadora de las conciencias, ella ofrece un cuerpo de principios capaces de iluminar a las personas comprometidas en construir un mundo más fraterno. Después de un período de cierto descrédito, la Doctrina Social de la Iglesia se ha ido nuevamente revalorizando. Con inspiración en sus enseñanzas podrá realizar profundos cambios estructurales en la sociedad sin que eso signifique un "retorno cíclico de las mismas opresiones". El Santo Padre recordó algunos de sus postulados: la noción del bien común; la hipoteca social que pesa sobre la propiedad particular; la igualdad de todos ante los bienes necesarios para la existencia; el respeto a la dignidad de cada persona; la condenación del economicismo y la exigencia de una economía al servicio del hombre.

6. Fue ratificada la *opción preferencial de la Iglesia por los pobres*. Esto implica, entre otras cosas, que sea reconocida la dignidad humana de los pobres y que ellos mismos no pierdan tal dignidad. Por tanto las

víctimas de la pobreza deberán rechazar la mentalidad fatalista que atribuye su suerte a la voluntad divina. ¡Dios no quiere la miseria de nadie! De ahí la necesidad de empeñarse en la liberación de ese estado infrahumano. La Iglesia de los pobres interpela también a los ricos y saciados y los exhorta a no encerrarse en su pequeño mundo. Quien se instala en la "riqueza de iniquidad" y no se abre a Dios y a los hermanos será excluido del Reino y oírán los "ayes" amenazadores del Sermón de la Montaña. Pero quien tiene posesiones y está dispuesto a participarlas también posee el espíritu del pobre y es heredero de las bienaventuranzas. No hay mal en poseer, pero sí en el abuso y en la concentración de las riquezas. El ideal es que todos tengan acceso a la posesión, pues ella posibilita un espacio indispensable para la realización de la libertad personal. Según el Papa, la Iglesia de los pobres no es la Iglesia de una casta o de una clase. Ella no pretende provocar explosiones entre los hombres, no quiere ser instrumentalizada, ni quiere servir a fines inmediatamente políticos o a las luchas por el poder. Ella propugna por la justicia y por la verdad con la "espada de la palabra" que llena de coraje, pero también amonesta y denuncia.

7. Se ve que el Romano Pontífice no predica una religión-opio-del-pueblo. Su proyecto es el de un *Cristianismo integral*, encarnado en todas las dimensiones de la vida, personal y espiritual, social y política. Si Juan Pablo II rechaza la violencia y la revolución, rechaza igualmente la inercia y el empirismo y pide reformas urgentes y profundas para poner fin a las desigualdades absurdas en que vivimos. Situación absolutamente inaceptable en un país cristiano y católico. ¡Ojalá su mensaje profético sea escuchado y puesto en práctica por todos los brasileros!